

OTRA VEZ

¡ONE, TWO,
THREE, ¡FORD!

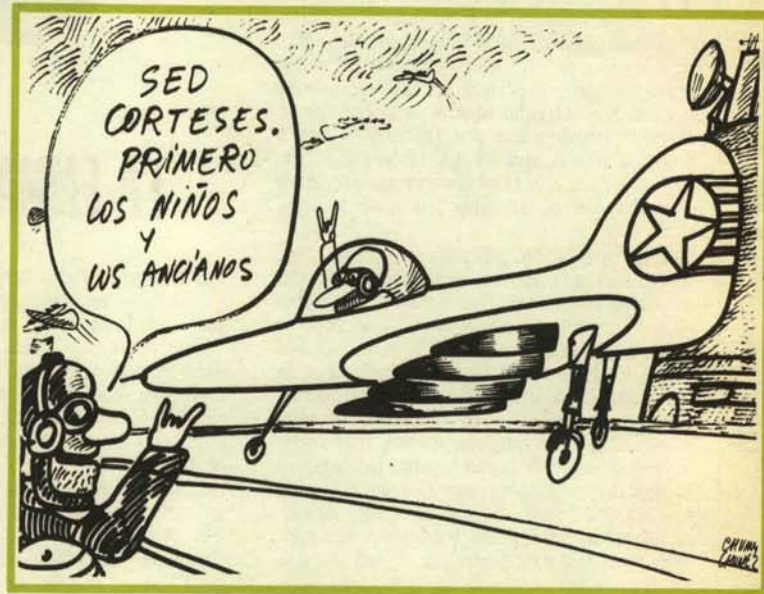


SUMERS

LAS LADILLAS AMARILLAS DE CAÍN

«CAÍN, Caín, ¿dónde está tu hermano Abel, el vietnamita?». «¿Por qué te lo has cargado con una quijada de burro?». «Oh, Señor, yo se bien que a las ladillas no se las puede cargar uno con quijadas de burro, así que les eché fósforo encima, pero, oh, Señor, las ladillas son inmortales». «Caín, ya te puedes ir despidiendo del Sureste Asiático». Total, que se fue, dice el gran poema. Pero le quedó la remembranza, la memoria de un olor a sangre pequeñuela y oblicua, y volvió al escenario del gatuperio. Todo por el asunto de los espías del «Mayaguez», que vaya nombre para un barco. ¡Mira que llamarse «Mayaguez», en vez de «Mari Carmen» o «El Te-

merario! Hasta en los nombres de los barcos se nota que son apóstatas. Total, que los camboyanos iban a liberar a los del chicle cuando Caín lanzó un feroz ataque, se conoce que había unas cuantas metralletas de la guerra del Vietnam todavía sin amortizar. Dicen que después del feroz ataque subió la bolsa en Nueva York y le crecieron un poco más los incisivos al Presidente Ford. «Caín, Caín, ¿por qué te revuelves ahora contra los camboyanos?». «¿No has escarmentado todavía?». «Oh, Señor, yo sé que los camboyanos son también ladillas, pero, oh, Señor, yo no vivo de tanto rascarme». Así dice el gran poema. Los navajos, los cheyenne, los comanches, entre otros cobrizos, se revuelven de gusto en sus tumbas de asesinados porque las ladillas los están vengando. Muchas ladillas. Millones de ladillas. Ladillas del Sureste asiático. Ladillas asiáticas del Sureste amarillo. El Gran Podenco ventea la sangre de su crimen inconcluso y da vueltas sobre sí mismo porque quinientas mil ladillas amarillas, asiáticas, anseáticas, le muerden el rabo. Así dice el gran poema. Qué leche el gran poema. Lo traen los periódicos. Lo que pasa que aquí, el rapsoda, ha adoptado un tono poemático para obtener dos centavos de inmortalidad. Pero no hay más inmortalidad que la inmortalidad de las ladillas. Una es todas. Todas es una. Así es la vida dice el gran poema. ■ LICANTROPO.



«JUSTUM PIUMQUE BELLUM»

(O SEA, LA GUERRA PIA Y JUSTA)

Los romanos la guerra que realmente les gustaba era la guerra pia y justa, «justum piunque bellum». Es lo que ellos decían, que no hay nada como tener razón. Cuando querían conquistar la tribu vecina, en sus primeros dos siglos de expansión, enviaban a un sujeto llamado «Pater Patratus» a la frontera misma a recriminar al futuro enemigo por no rendirse sin más; luego tiraba una lanza al aire a modo de declaración de guerra cuando el enemigo rehusaba convencerse, y el ejército romano contemplaba la operación, consciente de haber reaccionado a una provocación intolerable.

Luego, cuando el enemigo estaba ya más lejos, por ejemplo al otro lado del Eufrates, el «Pater Patratus» lanzaba sus recriminaciones y sus lanzas desde un solar especialmente acotado y para ello en la ciudad misma de Roma, que era, como si dijésemos, extraterritorial, y allí tenía la ventaja de que el enemigo ni siquiera se enteraba, de modo que la provocación era más intolerable aún si cabe y las operaciones contra él comenzaban antes incluso de tener lugar la recriminación; puro trámite, porque la razón romana era evidente.

Nosotros también bordábamos eso del justum piunque bellum: en América, antes de ocupar el territorio de una tribu india les exhortábamos, en latín, por supuesto, y por boca del capellán castrense, a dejarse convertir pacíficamente al cristianismo, y cuando los indios, por pura tozudez, hacían caso omiso de la exhortación, alabardazo que te pego y a otra cosa mariposa. Es que hay provocaciones que no merecen otra reacción por parte del provocado, como la intolerable provocación de que Cartago, vencida ya dos veces, continuase existiendo, pacífica, pero existiendo. Pues nada, delenda est Carthago.

La primera guerra que acabó mal fue la que comenzó en Caín y Abel porque el humo de las hogueras votivas de aquél se agazapaba, mientras el de las de éste subía al cielo. Claro, pues Caín no tuvo más remedio que tomar una decisión, y entonces la bomba atómica era la quijada de asno. Nada de esto, por supuesto, quiere decir que el «Maine» explotase deliberadamente, ni que el «Mayaguez» entrara a propósito en aguas territoriales camboyanas, por eso de que el calderón de la sinfonía indochina tenía que partir de una batuta yanqui, pero, como los anglosajones gustan tanto de decir, todo sirve de precedente, y el precedente, en derecho anglosajón, lo justifica todo. ■ JESUS PARDO

